

CAPÍTULO XLVI

MIGUEL EN ESQUIVIAS.—TOLEDO, ÚLTIMA ESCUELA DE
CERVANTES.—APARECE EL QUIJOTE.
SE VISLUMBRA LA GLORIA

A mediados de Julio de 1604 murió en Esquivias la suegra de Cervantes. Ningún hombre siente de verdad que se le muera su suegra y Cervantes era un hombre muy hombre: mas para ciertas formalidades del testamento le fué indispensable trasladarse á Esquivias y allí se encontraba el 21 de Julio, autorizando con su firma la partición de bienes entre los dos herederos de la difunta, que eran Francisco de Palacios, el cura y doña Catalina de Salazar, la mujer de Cervantes. Curiosísimo es para un psicólogo este documento, del cual se deduce el absoluto olvido y el menosprecio evidente en que su mujer, su suegra y su cuñado tuvieron á Miguel, á quien ya, sin duda, al cabo de tantos años de ausencia, estimaban como cosa perdida, como uno de esos vagabundos y malas cabezas que la suerte depara á muchas familias amantes del orden doméstico para introducir en los afectos sensaciones é ideas algo de aquel bello espíritu de rebeldía que fertiliza y enlozanece el vivir.

Doña Catalina de Salazar, la mujer de Cervantes, ya se ha dicho que era una buena señora, pero no una heroína y así como no tuvo temple para arriesgarse á compartir con su marido la vida errante, no lo tuvo tampoco para resistir las sugerencias de su madre y su hermano, aquellos hidalgos reparones, ahorrativos y egoistas que profesaban la religión de Cristo para irse al cielo y

la del maravedí para estar en la tierra. En el testamento de su madre queda mejorada doña Catalina, pero el ladino clérigo hermano suyo se las arregló para que la ventaja resultase ilusoria y aun le quedase debiendo su hermana cierta cantidad. El clérigo administrador toledano es al propio tiempo un clérigo pleitista, que sabe más de Derecho civil que de canónico y á quien si los hilos de araña de la Teología se le quiebran en el magín, no así las sogas y cadenas de la legislación profana. Cómo urdió la trama contra Miguel y los bienes de su mujer, en este terrible párrafo que doña Catalina suscribió se revela: "Y aunque estos bienes (adjudicados á doña Catalina por la mejora de tercio y quinto) conforme al testamento prohíbe la enajenación y venta de ellos, pero esto fué por dos respetos, el uno *para que no se pudiese valer de ellos el dicho mi marido y el otro en caso que no tuviese yo hijos*, atendiendo á que los bienes de la dicha mejora viniesen en el dicho Francisco de Palacios, mi hermano". Atendiendo además á que de esos bienes sólo le corresponde á ella "el usufructo y utredominio y á que Francisco de Palacios ha pagado las deudas por no ver enajenados dichos bienes," y á que ella no tiene hijos, renuncia y traspasa todos los bienes de la mejora en favor de su hermano y al cumplimiento de ello hipoteca el majuelo del camino de Seseña. Todo con licencia y delante de su marido Miguel de Cervantes, que firma.

Quien revuelva papeles judiciales y de notarios y escribanos, es decir, quien trate de investigar por procedimientos reales y vivos la psicología del pueblo español, encontrará miles de documentos como este tan bien apañado para quedarse con la herencia de una pobre y débil mujer su propio hermano, que con ella ha vivido siempre y que de fijo quiere castigar así la locura cometida por doña Catalina al dar su mano á un poeta pobre, iluso, falto de protección y que por añadidura llevaba la rastra de una hija natural y la corma de obligaciones y compromisos como el contraído por doña Catalina para asegurar la fianza de Suárez Casco. La trama es bella, inhumanamente humana. Quien esto escribe ha conocido no pocos de esos curas usureros, no pocos de esos hermanos listos para quienes el hermano débil ó ausente era

no más que un objeto de explotación. De historias bajas y miserables como estas, que algún día se contarán, compónese la hilaza de la vida.

Bien claro se ve que Doña Catalina, en apartándose de ella su marido, era un sér feble, pálido, que de súbito se apagaba. No le hubiera faltado razón tampoco para perder por completo el cariño que tuviera á Miguel, con tan largas ausencias: no hay que olvidar, además, que Doña Catalina era estéril y Miguel había tenido otros amores fecundos. Esa esterilidad suya y esos amores ajenos los mascullaba años y años Doña Catalina en la soledad de su caserón de Esquivias, en la frialdad de su lecho, en aquel pasar lento y trabajoso de las horas de su juventud mustia y desperdiciada. No hay que culparle á ella sin reconocer las culpas en que el mismo Cervantes incurrió.

Cuando Miguel llega de Valladolid á Esquivias, en el verano de 1604, llega forzado por la necesidad de autorizar ese documento, para cuya ejecución apremiaba el cura Francisco de Palacios. No es el amor á su mujer lo que le atrae, como no le atrajo al atravesar rápidamente media España, desde Sevilla á Valladolid, sin detenerse ó parándose muy poco en Esquivias. Viene á cumplir una formalidad simplemente, y al ver de nuevo á su mujer, cae en la cuenta de que ha dejado pasar la época más peligrosa en la vida emocional de las mujeres. Doña Catalina frisa en los cuarenta años, y ha pasado veinte en la soledad. Milagros necesita hacer Miguel para recobrar de nuevo el ánimo de su esposa. Ya no hay en el corazón de ella aquel renacimiento de llamas juveniles con que en 1594 acogió á su marido, vuelto de Sevilla. Toda la sequedad de la tierra llana se ha comunicado á su espíritu. Doña Catalina se ha hecho cada vez más devota. Doña Catalina se ha embobado. Para despertarla, es menester que su marido cuente ya con algo más que el invencible prestigio del amor há mucho olvidado y de la mocedad há mucho marchita pero ¿cuáles no serán los recursos del hombre que acaba de escribir el *Quijote*?

Sin que para ello necesite demasiado tiempo, Cervantes, que mantiene el alma hartó más jóven que la de su mujer, logra incitar

en su espíritu hastiado y melancólico la noble, la suave adhesión de las cuarentonas á sus maridos, cuando éstos llegan gallardos á la vejez. El Ingenioso hidalgo conserva sus barbas de oro, su frente desembarazada, sus graciosos dichos, acrecidos y refinados por una larga y dolorosa experiencia. El Ingenioso hidalgo trae muchas cosas que contar de cuantas la vida y el trato del mundo le han sugerido. ¿Pensáis lo que es la llegada de uno de estos hombres sesentones que vienen de correr las siete partidas del mundo á un pueblo del cual no se han movido, en años y años, sus sosegados, pacíficos y recogidos labradores? ¿Sabéis el imperio que en breve logra sobre grandes y chicos el soldado que vuelve triunfante á la aldea, luciendo galones y plumas, ó el indiano que regresa rico, narrando historias maravillosas de apartados países?

El pueblo gris ha pasado quizás veinte, treinta ó cuarenta años sumido en sus rutinas, arando, ataquizando, amugronando, desfolionando, vendimiando y podando sus cepas, abriendo las olivas para las lluvias de otoño, tapándolas para los hielos de primavera, deschuponándolas y estercolándolas, vareándolas y ordeñándolas y escamondándolas. Aquello les parece á los lugareños toda la vida suya y toda la vida universal; pero un día llega uno de quien nadie se acordaba: de luengas andanzas viene, luengas mentiras cuenta, nuevos usos é inauditas palabras y extraños conceptos refiere, y la rebeldía contra la andadura del vivir estalla, y las cabezas más sentadas y macizas se perturban, y las voluntades que envaradas y rígidas parecían, se doblagan y obedecen. No hay que creer posible la redención de un país ignorante y rutinario si no se hace llegar á cada pueblo de vez en cuando un hombre algo loco, algo vagabundo, que cuente mentiras y verdades y hable de cosas lejanas y de cosas imposibles. Estas cosas no eran en los labios de Miguel otras que las aventuras y las palabras de Don Quijote: el triunfo sobre su mujer y su cuñado fué la más gloriosa batalla que el Ingenioso hidalgo de la Mancha y el Ingenioso hidalgo de Alcalá ganaron en su vida aventurera.

Miguel y Francisco de Palacios debieron hallarse en Toledo en el mes de Agosto para formalizar la venta de algunas fincas.

Si en el mal explorado Archivo de protocolos de Toledo se buscara, algo de esto se podría hallar.

Toledo, *peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades*, era la última lección que de los pueblos del mundo iba á recibir Miguel. Los que no hayan vivido en Toledo no comprenderán la mitad del espíritu de Miguel, como los que no han estado en Sevilla no se hacen cargo de la otra mitad. Antes de 1604 había estado Cervantes quizás muchas veces en Toledo; siempre debió de parar en el mesón del Sevillano, que era y es de los más acreditados albergues para la gente de los pueblos, pero sólo entonces Toledo le ofrecía el fruto regalado, sabroso, agridulce de su espíritu, porque no es Toledo ciudad para amada por los jóvenes, quienes, de no estar avejentados, no aman á las reinas sin trono.

Toledo es la única corte de la Castilla vieja y venerable; la corte de las ricas hembras, de los silenciosos caballeros, de las secretas aventuras amorosas, de las matanzas de judíos, de los moros sabios que curan y envenenan, de los alarifes que crean mundos nuevos é ignoradas especies vegetales en columnas, frisos y alharacas, almocárabes y atauriques, de los carpinteros que ensamblan los dorados alfarjes, de los orfebres que trabajan el oro como si fuese pasta, de los escultores-arquitectos que labran la piedra como si fuese oro, de los imagineros que estofan y esculpen historias interminables y meten fantásticos reinos entre una ménsula y un doselete, de los espaderos que hacen del hierro acero y del acero cinta que se dobla y no se rompe, de los escritores que refinan y sutilizan el lenguaje, de los confesores que depuran y lubrican los más oscuros rincones de las conciencias, dejándolas como relucientes joyas, de las damas filósofas y senequistas, como las dos hermanas Sigéas, en cuyos corazones revivió la llama del maestro cordobés, de las Celestinas magras que con sus hechizos apañan las voluntades para el amor dulce, de los magistrados graves, como los Covarrubias en quienes parece resumirse la España doctoral y omnisciente bajo las togas oculta, de los pintores teólogos, humanos, locos y cuerdos, sublimes y visibles, como el solo, como el sabio griego Theotocópulos, en quien la luz, el color y la vida de Toledo se resumen como en su más acabada fórmula artística.

Toledo, al comenzar el siglo xvii, es la ciudad más compleja y más espiritual de España; compleja y espiritual como una gran dama que lució y gozó en la corte sus años de juvenil hermosura codiciable y que se retira á rememorar su pasado, sola en un palacio regio, entregada á sus devociones y principalmente á la devoción de sí misma. Por las calles toledanas, retumban á todas horas, en el silencio que de eternidad parece, los pasos del amor, vestido de soldado, oculto bajo los pingos del azacán, escondido so la basquiña de la moza de posada, ardiente bajo las galas del caballero, conservado entre los negros pliegues de la toga del jurisperito. Es un amor loco, desenfrenado, de raptos y de secretas locuras, como el que irradia en las pupilas de los apóstoles y guerreros que pintó Theotocópulos; es un amor sin alegría, un amor cruel, que jura ante los Cristos clavados en los paredones de las callejuelas, bajo un tejeroz ó un guardapolvo y perjura en saliendo de la misteriosa ciudad; es un amor que encierra á sus víctimas en los grandes caserones de portadas platerescas, las recluye hacia los fríos patios, las deja mustiarse, secarse, morir en la desesperanza; es un amor que sorprende á las incautas jóvenes camino de la Vega ó de las alamedas que cantó Garcilaso y en los anocheceres friolentos, cuando el sol huye y el Tajo le persigue y los cigarrales ya cárdenos se tornan negros, las arrebatan, las hace suyas, entre los gritos de los padres ochentones que al cielo tienden con sus manos trémulas el acero inútil y después las abandona. Esta es la historia de *La fuerza de la sangre*, esta es la historia de *A buen juez, mejor testigo*. La leyenda amorosa toledana es de Cervantes; su variante italianesca, de Zorrilla, pero uno y otro poeta enfocan el asunto de igual modo. Esto es lo primero, no lo más sazonado que de Toledo saca Cervantes.

Lo segundo, lo mejor, en el propio mesón del Sevillano lo encuentra. No por hallaros en un mesón, que arrieros y gente baja habitan, creáis que toparéis con la gente desalmada y rufianesca del Compás de Sevilla: no. Entrad hoy mismo, porque ni Toledo ni el mesón han variado, y el mesonero, las mozas y los arrieros y los campesinos que en él paran, os hablarán con el mismo tono ahidalgado, grave, digno, un poco triste ó, si alegre, me-

suradamente alegre, con que hablan los personajes de *La ilustre fregona*. En el mesón existe hoy el culto de Cervantes. Todos saben que es señalada honra de la casa, de la ciudad, del mundo, este nombre. ¡Qué diferencia de estas gentes que han tratado con *La ilustre fregona* á las gentes de *Rinconete y Cortadillo* y del *Coloquio de los perros*! Un azacán de Toledo será un azacán, pero es un toledano. *Civis toletanus sum*, dice orgulloso y se envuelve, augusto, en su capote, como el romano en su toga. Toledo es la escuela de la entonada cortesanía, de la seriedad en el decir: habla como viejo, procede como joven.

Esto de que los azacanes Carriazo y Avendaño resulten nobles caballeros, y nobilísima doncella la ilustre fregona, no penséis que lo hizo Miguel de Cervantes, al acaso: ni él hacía al acaso nada. En eso está el espíritu de Toledo, de ese pueblo-arca, de esa ciudad-joyero, donde se guardan las más nobles reliquias del prisco solar desmoronado. Vedle hoy mismo: veréis aún el amor vestido de soldado, y sentiréis retumbar sus pasos marciales por las callejuelas: veréis esos ojos locos y calenturientos que entre la impasibilidad de los pálidos semblantes rutilan, como en los Apostolados de Domenico: veréis esas doncellas pálidas que en los fríos caserones dejan secarse, como flores viejas, sus amores marchitos, y remembran sus abandonos sin llorarlos, porque la toledana no llora tales cuitas, por dignidad: veréis esos azacanes que hablan como personajes de Lope: veréis esos porteros dignos, esos mendigos ilustres, esos viejos graves, esos clérigos proceros, y escucharéis el silencio que os secretea al oído, y sentiréis que el pasado se apodera de vosotros ó que no existe pasado ni presente, porque es el tiempo de Toledo un *flatus vocis*, un concepto baldío.

En los días que Cervantes pasara en Toledo, por Agosto de 1604, topó con Lope de Vega, que vivía allí desde Mayo, habiendo abandonado, en Sevilla quizás, á su amante Camila Lucinda. Acaba de casarse Lope con doña Juana de Guardo, trocando, como le dijo Góngora, en torreznos, las diecinueve torres de su pomposo escudo de hidalgo montañés, pues era doña Juana rica, hija de un opulento traficante en ganado de la vista baja. Dábanle

vaya los ingenios toledanos, viéndole casado por interés y con persona, si acomodada, perteneciente á una clase social que jamás se hermanó bien con nobles y poetas. De fijo, había llegado ya á manos de Lope el soneto de Góngora:

Por tu vida, Lopillo, que me borres
las diecinueve torres de tu escudo...

Esto le tenía de mediano humor, y en tales circunstancias, el tropezar en Zocodover con Cervantes, que de allí se dirigía á su posada, hubo de excitarle la bilis, ya muy revuelta. En este momento de pasión maldiciente fué cuando escribió, en carta particular, á un amigo suyo médico, aquella venenosa frase, de la que tanto partido quieren sacar algunos: "De poetas no digo: buen siglo es este: muchos están en cierne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á Don Quijote... No más, por no imitar á Garcilaso, cuando dijo

A sátira me voy mi paso á paso,

cosa para mí más odiosa que mis librillos á Almendárez y mis comedias á Cervantes..." Prueba esto que ya había leído despacio Lope el *Quijote*, y quizás releído el famoso diálogo del canónigo y el cura, donde Miguel iniciaba los argumentos, después tantas veces copiados contra el supuesto desorden de las comedias de Lope. No se sabe cómo, el original ó las copias del *Quijote* habían circulado por toda España, y aún no tenía Cervantes el privilegio para imprimirle, cuando ya el autor del *Libro de entretenimiento de la Pícara Justina*, aquel desvergonzado y haldudo fraile Andrés Pérez, escribía en otros detestables versos de cabo y centro rotos la tan citada expresión:

Soy la Rein- de Picardí-
más que la rud- conóci-
más famó- que doña Oli-
que Don Quijó- y Lazarí-
que Alfarach- y Celestí-

Lo mismo esta tontería que el desahogo familiar é íntimo de Lope contra Cervantes, demuestran sin duda alguna que antes de

salir á luz, ya tenía el *Quijote* ganada la batalla, puesto que en ingenios grandes y chicos despertaba recelos y todos se apresuraban á *taparse*, como se ha hecho siempre al descubrir en lontananza un literato de los que traen algo nuevo á la lucha ó, como se dice ahora con frase canallesca y muy gráfica, de los que *vienn pegando*. Cervantes *vení pegando*, y las envidias de los demás y el mal humor de Lope, son el primer homenaje á su genio y no de otra manera es menester considerarlos.

El 26 de Septiembre concedió licencia el Rey para que la primera parte del *Quijote* fuera impresa. Solían concederse estas licencias cuando ya la impresión estaba concluída ó muy adelantada. El 20 de Diciembre es la fecha de la tasa. Desde entonces, no se puede señalar día seguro á la aparición del *Quijote*. Pudo salir en Enero, en Febrero ó después, no después de Mayo, pues no hubiera dado tiempo á las nuevas ediciones que en el mismo año 1605 se hicieron. La duda propuesta por el insigne Pérez Pastor sobre si salió antes de 1605, él mismo la ha absuelto, estudiando bien los libros de la Hermandad de Impresores de Madrid.

No ha averiguado nadie, en cambio, lo que el *Quijote* valió en dinero á su autor, que ciertamente no debió de ser mucho ni sacar de ahogos á Cervantes, pues aun cuando los literatos vaticinaran, con sus envidias, el buen éxito del libro y Miguel lo presintiese, no ha de suponerse que tales razones á priori convencerían á Francisco de Robles para que pagase á su amigo una gran cantidad por la venta del privilegio. Injusto es pintar á Francisco de Robles como un editor codicioso é interesado que explotó á Cervantes. Al contrario, bien se vé que en sus tratos procedieron amistosamente y como antiguos conocidos. Indudable es también que Cervantes no cogió todo el dinero de una vez, sino que la prematura fama de su obra le dió pie para pedir á Robles varios anticipos sobre ella.

Pero si económicamente no le sacó de ningún apuro, moralmente la obra hizo surgir de un salto el nombre de Cervantes en el ánimo del mundo entero por cima de los más altos y universales y no ménos que junto al de Lope de Vega y enfrente de él.

Había Lope despertado la popularidad que antes de él no exis-

tía, llamando al público de la nación entera con los gritos y acciones del teatro, á literatos é iliteratos comprensibles: la excitación producida por las obras de Lope iba ya convirtiendo hacia los libros de amenidad y recreación los ojos lectores. Ya se vé que eran populares el *Lazarillo* y el *Guzmán de Alfarache* y la *Celestina*, y que iban ganádoles terreno á los libros devotos y á los libros de caballerías. No obstante, popularidad tan grande ni tan rápida como la del *Quijote* no se había conocido jamás. Cinco ediciones se hicieron ó se sabe hasta ahora que se hicieron en aquel año 1605. El nombre de Cervantes que no crecía en la boca ni en la pluma de los otros poetas, como hasta entonces solió suceder, se agigantaba en los labios del vulgo, de aquel vulgo, cuyos instintos se hablan educado en el teatro y que ya formaba donde quiera eso que hoy llamamos *público, opinión*, esos millares de ignorantes que componen un sabio infalible, esos millares de juicios ligeros y vanos que unidos forman el juicio más seguro y á la larga, el único aceptable. ¿Por dónde andaba este público? ¿Quién era? ¿Dónde se le encontraba? Dos siglos después se hacía esta pregunta el gran Fíguro y no acertaba á responderla.

El *Quijote* estaba en manos de todo el mundo, en las posadas, en las covachuelas, en los palacios, en los bufetes de los señores graves y en las aulas de la juventud loca. Los tipos de Don Quijote y de Sancho hallaron instantáneamente en la humanidad el eco favorable á sus palabras, la atmósfera propicia á sus ideas y á sus hechos. Rara vez libro alguno apareció con tanta oportunidad. Miguel corroboraba entonces su opinión. No habían sido perdidos sus veinte años de malandanzas. En ese tiempo las ideas habían caminado, los gustos habían cambiado, las sensaciones se habían trocado. La transformación era enorme, crítica: enorme también la obra que de ella saltaba.

Todo el mundo, en su fuero interno, se reconocía como un poco Don Quijote, como un poco Sancho Panza, y nadie se enfadaba por ello. El mote de Sancho Panza corrió por el Palacio Real y fué pronto aplicado al P. Luis de Aliaga, que era el confesor del Rey, hombre gordo y rústicamente ladino. Los dichos y refranes del escudero y las locuras del caballero se hicieron pa-

trimonio común, como esas músicas y tonadillas que en pocos días corren de boca en oído por todo el mundo. Por fin llegaban para Miguel, para el viejo y cansado poeta, para el verdadero ingenioso hidalgo otros días grandes, de intensa felicidad, que nada tenían que pedir al gran día de Lepanto. Las armas cedían á las letras. Para gloria de la diestra perdió la siniestra mano el soldado viejo. La mayor gloria posible en la tierra se le lograba: un pueblo entero se solazaba con su obra, quién reía, quién meditaba. Por las letras podía esperarse aún la redención, la inmortalidad.

En aquellos días, el 8 de Abril de 1605 nació en Valladolid Felipe IV, al que se llamaría después el Rey poeta.

CAPÍTULO XLVII

CERVANTES EN VALLADOLID. — TOROS Y CAÑAS. — IR TIRANDO. — CÓMO FUÉ MUERTO DON GASPAR DE EZPELETA.

En pos de la celebridad y del éxito suelen venir para el escritor, no antes, el aprecio de los suyos, la consideración y el sosiego familiar. Tal ocurrió en el caso de Cervantes. Atraída por la extraña sugestión que Miguel ejercía en ella, no bien se presentaba, doña Catalina de Salazar, fué á Valladolid, vivió con sus cuñadas doña Andrea y doña Magdalena, realizó el heroico sacrificio de legitimar con su convivencia la morada de Isabel de Saavedra, hija natural de Miguel en la casa y la estimación de hija legítima en que la tenían su padre, sus tías y su prima doña Constanza. Bien claro se ve que en cuanto Miguel hablaba á doña Catalina, hacía de ella cuanto se le antojase y disipaba todos los recelos y acallaba todas las protestas. Reparemos bien en esto: que no es verdadero genio el que no tiene imperio mágico, cual el de Miguel y el de Lope y el de Goethe, en las mujeres que le rodean, el que no las convence con la mirada, con el habla las domeña y con el gesto las amansa.

Miguel, alentado por la fama de que muy luego comenzó á gozar y que presagiaba nuevas fortunas, había constituido ya su vida. Estaba la familia toda junta, resuelta á no separarse. Vivían en una casa de las nuevas de alquiler, divididas en pisos, que á la llegada de la corte se construyeron de prisa y corriendo en Valladolid, para albergar el excedente de vecindario con los Reyes venido. Estaba en el barrio del Matadero ó Rastro, cerca de un pontezuelo que pasaba el maloliente Esgueva, no lejos de la Puerta